

en pie en la inundación más que un mercado antiguo y una iglesia vieja cuyo campanario, batido por las mareas, veíase aún algunos años antes de la Revolución, cuando las viejas que tienen hoy ochenta años eran sonrosados rorros.

Actualmente nada queda de aquellas ruinas. El Océano ha tenido olas para cada piedra; el flujo y reflujo lo han gastado todo, y el campanario, que había detenido las nubes, no agarra hoy siquiera la quilla de una barca.

No pudiendo ver aquella iglesia desvanecida, he visitado la otra con cuidado; por lo menos el interior, pues respecto al campanario, acabo de explicarte el percance que me ha ocurrido. Algunos curiosos capiteles, algunos frisos delicados y algunas horribles pinturas para colgar en los barracones, es cuanto contiene la iglesia. La cual está rodeada de tumbas. Esos pequeños monumentos fúnebres brotan espontáneamente á la sombra de las iglesias, como las supersticiones en torno de la religión. No obstante, las unas contienen las cenizas de la muerte, y la otra contiene la vida.

Desde la catástrofe de la parte baja del pueblo, todo el Bourg-d'Ault se ha refugiado en la cumbre de la escarpa. De lejos, todos esos pobres techos apiñados los unos contra los otros, hacen el efecto de un grupo de pájaros mal abrigados que se guarecen del viento. El Bourg-d'Ault se defiende como puede; el mar es rudo en aquella costa, el invierno tempestuoso, y el acantilado se deshace á veces á pedazos. Una parte del pueblo pende ya entre las grietas de la roca.

¿No te parece, amada esposa, que es siniestra la idea de aquel pueblo tragado y de ese pueblo ruinoso? Toda clase de tradiciones llenas de espantosa superstición, han germinado allí. Los marinos evitan

aquella costa. La mar allí es mala; y con frecuencia, en las noches violentas del equinoccio, las pobres gentes del Treport que van á la pesca en sus barcas, al pasar por debajo los sombríos acantilados del Bourg-d'Ault, creen oír ladrar vagamente los grifos de piedra que contemplan eternamente el mar desde lo alto de las nubes, con el cuello tendido á los cuatro ángulos del viejo campanario.

Aquel sitio es hermoso. No sabía arrancarme de allí. Allí es donde se ve apuntar y ascender aquel alto acantilado que empareda la Normandía, que empieza en el Bourg-d'Ault, se escota apenas por el Treport, sigue por Dieppe, por San Valerio, por Fecamp, en donde alcanza su más elevada cima, por Etretat, donde se esculpe en colosales ojivas, y va á expirar al Havre, en el punto donde desemboca ese inmenso clarín que dibuja el Sena desangrándose en el mar.

Donde nace el acantilado, muere la duna. La duna muere dignamente en una gran llanura de arena de ocho leguas á la redonda que se denomina el desierto y que separa el Bourg-d'Ault, donde empieza el acantilado, de Cayeux, pueblo casi hundido en la arena, donde acaba la duna.

Tuve que atravesar aquel *desierto* á pie. El nombre no es, en verdad, demasiado grande para la cosa. Figúrate, esposa mía, un inmenso desierto limitado al horizonte por vagas colinas. Ni un hombre, ni una cabaña, ni un árbol. Así se anda durante tres horas largas.

El mar penetra con frecuencia en esas llanuras, y arroja en las cumbres de todas las bajas ondulaciones de que está formada como una lepra de guijarrros. En los pequeños valles que dejan entre sí las ondulaciones, brota un césped ralo y corto. En aquellas bandas nada recuerda la vida en que vivimos ó el mundo en que residimos, como no sea una batería



que se encuentra en la orilla del mar, con algunos cañones que hacen lo que pueden para darse aires de fuerza y de poder; pero en cada marea el Océano le escupe.

A las seis entraba en Cayeux. Estaba verdaderamente cansado. Desde el medio día andaba al sol por entre arenas y guijarros. En Cayeux, dejé el guía, le pagué y le indiqué el camino para su regreso.

Allí tuve suerte. Me faltaba hacer dos leguas á pie para llegar á San Valerio sobre Somme, lo cual me asustaba. Estaba pensando melancólicamente en aquel camino, mientras iba siguiendo las huellas de crucecitas que las patas de un pichón habían dejado en la arena. En aquel momento pasaba un obeso y simpático arrendador en su carreta, me divisó en medio de los montículos de polvo impalpable donde se hunden las casuchas de Cayeux; parece que le gusté, y me ofreció hospitalidad en su carreta. Iba como yo á San Valerio. Acepté vivamente, y luego encontré que era verdadera hospitalidad, planta muy rara; pues cuando quise ofrecer una recompensa cualquiera á aquel buen hombre, casi se ofendió. Tuve que resignarme á viajar gratis. Una cosa que aun no me había ocurrido.

El caballo trotaba rápidamente, pues el camino se había puesto bueno; antes de las siete bajamos en San Valerio. Allí me despedí de mi excelente arrendador. Llegaba á tiempo para tomar el patache que va á Abbeville.

El puerto de San Valerio estaba delicioso en el crepúsculo. Distinguíanse á lo lejos las dunas del Crotoy y, como una blanquecina nebulosidad, las viejas torres arrancadas y demolidas, al pie de las cuales había yo dibujado dos días antes.

En primer término, á la derecha, tenía la red negra é inextricable de los palos y jarcias. La luna, que

se ponía ayer una hora después del sol, bajaba lentamente hacia el mar; el cielo era blanco, la tierra obscura, y algunos trozos de luna saltaban de ola en ola como bolas de oro en manos de un saltimbanquis.

Un cuarto de hora después iba camino de Abbeville. Siempre me han gustado los viajes á la hora crepuscular. Es el momento en que la naturaleza se deforma y se hace fantástica. Las casas tienen ojos luminosos, los olmos toman siluetas siniestras ó se tuercen prorrumpiendo en carcajadas, la llanura no es más que una gran línea sombría, donde la luna creciente se hunde por la punta y desaparece lentamente; las gavillas y los haces, de pie en los campos que bordean el camino, os hacen el efecto de fantasmas reunidos que se hablan en voz baja; aquí ó allá se encuentra un rebaño de carneros, cuyo pastor, de pie en el ángulo de una zanja, os ve pasar con ademán extraño; el coche se queja dulcemente del cansancio del camino; las tuercas y los tornillos, la rueda y las varas exhalan cada cual su suspirito agudo ó grave; de vez en cuando se oye á lo lejos el rumor de un racimo de cascabeles sacudido en cadencia, el rumor aumenta, luego disminuye y se extingue: es otro carruaje que pasa por algún lejano camino. ¿A dónde va? ¿De dónde viene? La noche está sobre todo. A la luz de las constelaciones que forman cien magníficos dibujos en el cielo, veis á vuestro alrededor caras que duermen y os parece sentir que el coche está lleno de sueños.

Perdóname, querida esposa, si te escribo todas mis impresiones. Así como vienen hacia mí, se van hacia ti. Todas mis sensaciones, como todos mis sentimientos, son para ti.

A las once de la noche estaba en Abbeville.

Mi proyecto era volver hoy por mar á Etaples. Tuve que renunciar á ello. Las horas de la marea no



concordaban con mi capricho. No te he hablado lo bastante de esa linda aldea de Etaples. Hay allí una posada como las que á mí me gustan, una casita limpia, honrada, decente, dos mesoneras que son hermanas, jóvenes aún, muy graciosas en verdad, que dan buenas cenas de caza y de pescado, y encima de cuya puerta hay un león de oro que tiene un aspecto muy bondadoso y pastoral, cual conviene á un león llevado de la mano por dos señoritas. Las dos amas de la casa hacen construir actualmente, pues engrandecen su casa. Prosperan. Lo cual me ha gustado mucho.

No he encontrado mejor albergue en toda Bélgica. Exceptúo, empero, Louvain y Furnes. En Louvain hay el hotel del *Salvaje*, propiedad de una buena y obesa castellana flamenca, la cordialidad en persona. En Furnes, hay el hotel de *La Noble Rosa*, nombre antiguo que huele á alemán, y que me había llamado la atención por esto. La mesonera es aquí una muchacha, hija de los dueños del hotel, linda y modesta, y que sabe acoger muy bien, sin carantoñas y sin remilgos. Nunca se ve á sus ancianos padres. Es ella la que lo hace todo en la casa y gobierna el grupo grosero de las sirvientas como una hada. Tiene un aire de dignidad singular realzado por su juventud. Yo le decía entre otras soserías, que la noble rosa no estaba únicamente en su muestra.

Y, sin embargo, en este simpático albergue tuvo principio y desenlace una terrible aventura. ¿Te acuerdas del proceso de aquel Mark y de aquel Armando que habían asesinado á una mujer en las dunas, en esas mismas dunas donde dí tan risueño paseo, enterrándola allí mismo? Pues salieron del albergue de Furnes, *La Noble Rosa*, para pasearse, según ellos, con aquella pobre joven, que estaba casada con uno de ellos. Por la tarde volvieron sin ella y se apresuraron á partir para Francia. Mas habían olvidado

algo, la bolsa, me parece, en el hotel; lo que les obligó á retroceder, creyendo, por otra parte, completamente ignorado su crimen. Pero el mar desempeñó su papel en ese drama fatal, pues había subido aquella noche hasta la duna, y había desenterrado el cadáver de la mujer, tan oportunamente, que el mismo día, en el mismo instante, la Providencia conducía de una parte, al albergue de *La Noble Rosa*, la litera donde estaba el cadáver, y de otro, la diligencia que traía á los asesinos. Cuando llegaron, el burgomaestre interrogaba al dueño del hotel acerca los dos desconocidos forasteros, presuntos asesinos de aquella mujer; sólo tuvo que volverse hacia los viajeros que bajaban de la diligencia para decir: —Son éstos.

Eran dos comediantes. Uno de ellos, Mark, hombre de hermosísimo semblante, aunque siniestro, había representado el duque de Ragusa en el Odeón, en el *Napoleón* de Dumas. Era el fanfarrón, el hombre fuerte, el inventor del crimen; Armando, carácter débil, obedecía. Ante el tribunal, Mark, bastardo de un ministro, según decían, mostróse altanero y audaz; Armando estaba pálido y abatido. Fueron ambos condenados. El valiente murió como un cobarde, y el cobarde como un valiente. Toda esta historia ha dado vueltas al rededor de *La Noble Rosa*.

No pudiendo ir á Etaples, he cambiado de itinerario, y me he venido á Dieppe. Esta mañana almorzaba en Eu. La iglesia merece ser visitada dos veces. Es una hermosa nave y de lejos dibuja una soberbia silueta á la ciudad. La iglesia del colegio se le parece á mucha distancia, y cuando se llega por la carretera de Aumale, se ven una detrás de la otra ambas iglesias, la pequeña repitiendo la grande, como un eco.

Mientras esperaba el almuerzo, veía á la cocinera que hacía con inquietud una cierta salsa compuesta de ortigas blancas mezcladas con yemas de



huevos batidas y cocidas á fuego lento. Yo le pregunté para quién eran aquellas espinacas, y me respondió: *Para mis pavos*. Luego me explicó la cosa. Aquellos pavos son unos pavipollos. Nada tan difícil como criar un pavo, etc. La he seguido cuando les ha llevado su desayuno, y he escuchado con gran placer la conversación de aquellos señores, que valía, yo te lo aseguro, muchas conversaciones de mesa redonda. A menudo los hombres cloquean y las bestias hablan.

Elbeuf, 10 de septiembre, á las 9 de la noche.

Me apresuro, amada esposa, á terminar esta carta. Desde Dieppe fuí al Havre, y del Havre bajé hasta Elbeuf en vapor. Estas admirables orillas del Sena forman un buen coronamiento á mi viaje.

Esta mañana, á las cuatro, el vapor salía del Havre. El mar estaba agitado, y era noche todavía; al apuntar el día, llegábamos á Honfleur, y al ponerse el sol, á Quillebeuf. A medio día nos hallábamos en Ruán.

Aun no había visto la corriente del Sena más que por camino terrestre. Me falta el papel para expresarte cuán hermoso es, y te lo diré de viva voz en París. En ciertos momentos vense pequeños acantilados que imitan á los grandes y pequeñas olas que copian las grandes. También, hacia Tancarville, ocurren pequeños temporales y grandes naufragios. Durante varias leguas las colinas, altas y escarpadas, tienen ondulaciones gigantescas. Parece que se costean fosas de Titanes.

Ya te he dicho, en los otros viajes, cuán admirable es Ruán, así es que no te lo repetiré. He vuelto á ver

Villequier, Caudebec y la Meilleraye. Había un mono en el vapor, lo que ha hecho que nadie se fijara en Jumièges.

La salida de Ruán es magnífica. Se recorre una serie de quince á veinte colinas que se encadenan como vértebras. Todo ese camino por agua hasta Elbeuf, es maravilloso. Hay aquí dos iglesias: San Juan y San Esteban, muy asoladas; San Juan más aún que San Esteban. En ambas hay hermosas vidrieras. En San Esteban he notado una que es sôberbia y que lleva esta inscripción: «En el año mil quinientos veintitrés, Pedro Grisel y Marión su mujer, donaron esta vidriera. Rogad á Dios por sus almas.» Encima están pintados los donantes, Pedro Grisel en su digno traje de concejal, acompañado de su hijo, un niño, y en el otro lado, su mujer con sus tres hijas. Marión es encantadora. La vidriera representa la genealogía de la Virgen, asunto que es para los ventanales lo que el descendimiento de la cruz para los cuadros; una cosa tratada con mucha frecuencia y casi siempre bien. Yo no sé qué estúpido arquitecto ha puesto en los viejos pilares de San Esteban coronas de marqués á guisa de capiteles.

Hay todavía algunas casas antiguas en Elbeuf, entre otras, una carnicería al lado de mi ventana. Pero las manufacturas prosperan demasiado para que las casas antiguas no cedan su lugar á otras casas blancas, dignas de un siglo de luz en que el yeso está en gran honor.

Parto mañana para Louviers. Y termino mi carta abrazándote muy tiernamente, Adela mía. Dile á mi querida Didina que dentro de cuatro días estaré con vosotros. Y dilo á todos.